

PARAGUAY



A treinta millas al NO. de Asunción está el lago de Ypacaray y San Bernardino, delicioso y típico lugar de veraneo.—Abajo: Un mapa de la República de Paraguay.



En la siguiente página, tipos de indígenas paraguayos y tres aspectos del caudaloso río Paraná en la Bahía portuaria de la típica capital paraguaya

EL país americano más recatado en sus límites geográficos es el Paraguay, que depositado en lo más entrañable del corazón de la América del Sur, se adorna con una naturaleza exuberante de primitiva belleza.

Tres caminos unen la capital porteña a la paraguaya: aire, tierra y agua. Nosotros elegimos la vía fluvial, y enfilando el ancho canal de Martín García, en el Río de la Plata —«río como mar»—, donde emerge la isla de su nombre frente a Buenos Aires, remontamos el Paraná hacia el norte.

Mucho tráfico encontramos en esta ruta: vaporcitos que se pierden tras una punta de agreste arboleda, pesadas barcas de cabotaje; vapores mercantes de ultramar atracados a los puertos enjebrecidos de actividad, y la sosegada navegación de algunos petroleros argentinos que ostentan gallardamente nombres típicos: «Criollo lindo», «Criollo bravo», «Criollo bueno»...

Y de pronto la gran arteria fluvial se desvía al este, dibujando el contorno geográfico del sur del país paraguayo, camino de las espumosas cataratas del Y-guazú —«agua grande»—, que aduermen, con su estruendo, el abrazo inmóvil de tres fronteras hermanas. Y le decimos adiós después de habernos despedido de Corrientes, donde ya vemos paisanos de pie descalzo y escuchamos las primeras expresiones guturales en el idioma guaraní.

En este punto y hora tomamos la confluencia del río Paraguay, siempre al norte. A poco saludamos en el litoral paraguayo las famosas ruinas de la que fué plaza fuerte de Humaitá, cuya toma, juntamente con la de la capital asuncena en el año 1870, dió fin a la guerra de la Triple Alianza. En las mermas del río, pueden verse, aún hoy, las pesadas cadenas que el desesperado esfuerzo de la brava Infantería paraguaya colocó, adentrándose en el agua, de orilla a orilla, para impedir el paso de la flota invasora.

Navegamos por esta senda que se abre sin ruido ante la proa de la motonave y apenas deja un surco cuyas ondulaciones toman los suaves tintes del día. Y recalamos sucesivamente en los puertos de Villa del Pilar, Villa Oliva, Villeta; o en los argentinos de Bermejo, Formosa, Pilcomayo, surcados todos de embarcaciones, así como en la avanzadilla de algún pontón que nos sale al paso y resguarda su poblado tras un recodo de arboleda. Luego continuamos

UN RÍO Y UN ESTADO

fogata, o la silenciosa figura de un jinete envuelto en su poncho.

Y damos vista, a la derecha, al cerro de Tacumbú, junto a Lambaré, que señala la proximidad de Asunción; luego entramos en canchada, ensanche que forma en el río Paraguay la desembocadura del Pilcomayo, que separa en la margen izquierda el Chaco argentino del paraguayo; y pasamos entre los «clubs» deportivos Mbiguá y Puerto Sajonia, a uno y otro lado. A la derecha, el promotorio de Itá-pytá-Punta (en guaraní, «Punta de tierra colorada»), luego la Calera, los astilleros de San Isidro, y al fin los muelles del puerto nuevo y la Aduana de La Asunción.

Hemos llegado.

Cuatro fechas nos llevó este paseo fluvial desde Buenos Aires a la capital del Paraguay.

Frente a nosotros tenemos el Gran Chaco y aprovechamos el día para realizar una excursión a la frondosa margen vecina.

Bordeamos en nuestra motora el banco de San Miguel, y enfilando el ensanche de la Canchada, hacia el norte, navegamos sobre el Río Negro, al que da nombre su oscuro lecho de zarzaparrilla.

Y siempre al norte, llegamos al corazón del Paraguay...

La república unitaria del Paraguay, que tiene una extensión superficial aproximada al medio millón de kilómetros cuadrados y una población que sobrepasa el millón de habitantes, debe la explotación de sus riquezas naturales a las grandes vías fluviales, de navegación de cabotaje en particular, que circundan el país casi por completo, delimitando su contorno geográfico: al norte, Río Apa, Río Negro y Arroyo Estrella; al oeste, los ríos Parapetí, Pilcomayo y Paraguay; al sur, el mismo Pilcomayo y el Paraná, que también corre por el este hasta la cordillera de Mbaracayú, siendo igualmente navegables el Tebicauri, que riega una extensa zona del sur; el Jejuí, que



Chaco Boreal, Indios Lenguas.



Chaco Boreal, Cacique Chulupi con poncho.



Chaco Boreal, Indios Lenguas.



atraviesa el centro del país; el Aquidabán, Aguarí Guazú, Ipané y muchos otros de menor cuantía.

La división territorial de la República para fines políticos es exactamente la misma geográfica que hace el río Paraguay con su curso: sección oriental o Paraguay, propiamente dicho, subdividida, a excepción de la capital, en departamentos, partidos y compañías; y la sección occidental o Chaco, dividida en Comandancias militares y habitada principalmente por indios.

El idioma oficial es el español; pero el popular y familiar, el nativo guaraní, de fonética gutural y voces de extraña semejanza con el japonés. De esta lengua madre derivan casi tantos dialectos como tribus de aborígenes hay emplazadas por grandes zonas en los Chacos Austral y Boreal y territorios del interior.

Muchas son las colonias de inmigrantes extranjeros, diseminadas en el país, que coadyuvaron con su esfuerzo, desde lejanas épocas, al desarrollo y prosperidad de industrias y empresas nacionales. Al propio tiempo, junto al empeño tenaz y constante de este triunfo material, vemos la grandiosa obra catequizadora de un siglo de misión jesuítica (del XVII al XVIII), que luego pasó a la evangelización franciscana, en la fe de un pueblo al que arrancó la civilización cristiana arraigadas creencias ancestrales; así lo pregonan, erguidas en el litoral del río al primer saludo del país, las ruinas de la que fué iglesia en la famosa plaza fuerte de Humaitá, y la acendrada devoción a María Santísima — como en todos los pueblos americanos — en la advocación nacional de Nuestra Señora de Caacupé.

Fértil, aunque poco explotada todavía, es la riqueza natural del suelo paraguayo,

pródigo en productos de mundial cotización, tales como tabaco de diversa especie y de primera calidad; mandioca (yuca) —típico alimento del nativo—, caña de azúcar, arroz, vid, maíz, etc. Pero, sin duda alguna, su inagotable manantío es la selva, inexplorada en su mayor parte, sobre todo en la región chaqueña, más llena de valiosos tesoros en las zonas de explotación que abarcan los bosques de Amambay y Mbaracayú y las tupidas riberas del río Paraguay. Se han clasificado hasta 106 clases diferentes de plantas medicinales, de notables aplicaciones terapéuticas, y múltiples colorantes, que por su firme y rica gama emplean los indios para teñir tejidos y colorearse el rostro en sus festividades.

Da asimismo la selva plantas textiles como el algodnero, de excelente calidad, que, aparte del cultivo, crece espontáneamente y rinde la mayor producción mundial por hectárea, y otras de variada fibra para fabricación de distintos usos; y en las orillas de los montes y parte central y Chaco, el gigantesco samuhú, árbol de cinco especies diversas, que da capullos de seda vegetal de fibras finísimas y relucientes que envuelven la semilla y en nada desmerece de la que produce el gusano.

Superabunda también la botánica fabulosa del bosque paraguayo en finas maderas de olor, como el sándalo, y de construcción y ebanistería, como el durísimo quebracho (corruptila de «quiebra de hacha»), que da, además, el preciado extracto de tanino; el urundey, caucho, palo de rosa, subabí morotí, ibyrá romí y cedro paraguayo, de gigantesco desarrollo y excepcional belleza; el guayabo, lapacho, peterebí, laurel, palosanto y otras especies, muchas de las cuales ofrecen la particularidad de tener el aspecto de estar ya barnizadas, y que nutren los aserraderos (obrajes) nacionales junto a las venas fluviales del país o del interior.

Dominando la variada escala de colores y aromas que produce la selva aparecen, con su fruto de oro, por toda la extensión del territorio, los frondosos naranjales, que forman verdaderos bosques de fruta silvestre y amarga, mientras que en los pueblos y ciudades se cultiva la naranja dulce y la mandarina.

Producción característica del país es la «yerba mate», té nacional de propiedades estimulantes sobre el organismo en general, sabroso y de gran difusión, no solamente en el Paraguay sino en todo el Río de la Plata, siendo de indescriptible belleza los enmarañados yerbales, que forman bosques intrincados de gran extensión, rebeldes a la tala del machete.

Siervo, que no señor de este suelo pródigo, y junto a la promesa de grandes porciones de selva intacta todavía, mora en sus lejanas tolderías el nativo de la tierra: el auténtico indio guaraní, de condición pacífica y naturaleza melancólica, hermanado ya con la civilización que le emplea como principal bracero de la industria del país, conviviendo con los barbacuaceros que habitan con sus familias, en las aldeas improvisadas en la selva virgen y en las que no faltan la comisaría y la escuela.

Granja típica en la región del Gran Chaco paraguayo.



De este tipo autóctono de la tierra deriva el hombre del campo, sobrio, patriota y valiente. Para vivir, le bastan la mandioca y el mate, y una guitarra a la puerta del rancho que rasguear a la caída de la tarde, mientras se afana la mujer en las labores domésticas y de la gleba.

Gente supersticiosa y creyente a un tiempo, venera a Dios y teme a la «pora» y al «pombero», fantasmas noctívagos de diversa apariencia que echa a andar su imaginación por las campiñas del país; y tampoco son ajenos a su fantasía los pequeños «yacy-yaterés», indios de escasa estatura y pelo claro que habitan junto a la frontera selva del Brasil.

Tienen los campos y bosques del Paraguay lindos pájaros cantores e insectos y mariposas de belleza maravillosa, aunque temible alguna, como la «ura», cuyo orín agusana donde cae.

Y guardan la selva peligrosos reptiles y felinos de gran acometividad, como el puma y el jaguar, poblando sus ríos prodigiosos la numerosa familia del pardo «yacaré».

Bellísimo y extraño es el gran lago de Ipacará, junto a la pintoresca colonia de San Bernardino, que mide veintidós kilómetros de longitud por un ancho medio de cinco, y cuyas aguas salobres, tienen la propiedad de agitarse espontánea y grandemente durante algunas horas de ciertos días del año; pero, indudablemente, la mayor atracción turística la constituyen, junto a los casi inaccesibles saltos del Guairá, al extremo noreste, en el escenario de una naturaleza sugestiva de agreste hermosura, las caudalosas cataratas del Y-guazú, de mucha mayor altura que las del Niágara y de una belleza impresionante, que abarcan, en la extensión de sus múltiples caídas, las tres fronteras de Paraguay, Brasil y Argentina.

Y para que nada falte, este paradisíaco pueblo, de condición privilegiada, ha aportado a la ciencia etnológica el curioso descubrimiento de una gruta artificial en el aislado cerrito de Paraguari —cuya entrada ha vuelto a desaparecer de modo misterioso—, en la que podía admirarse la estatua sedente de un indio desnudo, de talla mayor que la normal, cuyos pies descansaban sobre piedras de forma esférica, algunas extrañamente esculpidas; las paredes de esta caverna, apenas conocida, se hallaban revestidas de inscripciones jeroglíficas, así como la galería subterránea existente en la montaña de Ibityrusú, cerca de la ciudad de Villarrica (por cierto fundada por un García de Ontiveros), tiene sus paredes cubiertas de ideogramas en todo semejantes a los caracteres rúnicos escandinavos pudiendo apreciarse en otras partes del país paraguayo piedras labradas con

signos parecidos a los geroglíficos egipcios: lo que ofrece un amplio e interesante campo de estudio a la investigación etnológica y liga de modo evidente la prehistoria guaraní a la atlántido-americana.

MARIA ONTIVEROS